

Cristo aparece a nosotros como Aquel que trae al hombre la libertad basada sobre la verdad, como Aquel que libera al hombre de lo que limita, disminuye y casi destruye esta libertad en sus mismas raíces, en el alma del hombre, en su corazón, en su conciencia»<sup>47</sup>.

Dios nos ha dado la libertad para siempre: este don no es algo transitorio, para ejercitar solamente durante esta vida en la tierra. La libertad, como el amor, «*nunca acaba*» (1 Cor 13,8): permanece en el Cielo. Nuestro camino hasta allí es precisamente un camino hacia la libertad de la gloria de los hijos de Dios: *in libertatem gloriae filiorum Dei* (Rm 8,21). En el Cielo la libertad no solo no desaparecerá, sino que alcanzará su plenitud: la de abrazar el Amor de Dios. «Un gran Amor te espera en el Cielo: sin traiciones, sin engaños: ¡todo el amor, toda la belleza, toda la grandeza, toda la ciencia...! Y sin empalago: te saciará sin saciar»<sup>48</sup>. Si somos fieles, por la misericordia de Dios, en el Cielo seremos plenamente libres, por la plenitud del amor.

Con todo cariño, os bendice

vuestro Padre  
Fernando

47 SAN JUAN PABLO II, Enc. *Redemptor hominis*, 4-III-1979, n. 12.

48 SAN JOSEMARÍA, *Forja*, n. 995.

Roma, 9 de enero de 2018,  
aniversario del nacimiento de san  
Josemaría



Carta con ocasión del decreto  
sobre una curación milagrosa atribuida a Guadalupe Ortiz de Landázuri (9-VI-2018)

Roma, 9 de junio 2018

Queridísimos: ¡que Jesús me  
guarde a mis hijas y a mis hijos!

Esta mañana, en el día de la memoria del Corazón Inmaculado de María, la Santa Sede ha hecho pública la decisión del Papa Francisco de que se promulgue el decreto sobre una curación milagrosa atribuida a la intercesión de la venerable sierva de Dios Guadalupe Ortiz de Landázuri.

Demos gracias al Señor y a nuestra Madre la Santísima Virgen por este acto pontificio, que abre el camino a la beatificación de esta hermana nuestra, que, como ha declarado la Iglesia, «se entregó por entero y con alegría a Dios y al servicio de su Iglesia, y experimentó intensamente el amor divino».

Guadalupe convirtió todas sus tareas en lugar de encuentro con Cristo: la labor de investigadora en Química, las clases en distintos centros de enseñanza, la administración doméstica, la dirección de las residencias universitarias, etc. Su santidad se fraguó en la correspondencia a la gracia divina en la vida diaria, en el apostolado constante, y en el afán por buscar la promoción humana de los más necesitados.

Acudamos a la intercesión de Guadalupe, para que nos consiga la gracia de vivir con alegría y fidelidad nuestra vocación a la santidad y al apostolado en medio del mundo.

Con todo cariño, os bendice

vuestro Padre  
Fernando